

---

# La Primera Guerra Mundial como conflicto imperial global

Robert Gerwarth

**E**l centenario de la Primera Guerra Mundial ofrece la oportunidad de cuestionar algunas ideas fundamentales que los historiadores han asumido durante mucho tiempo sobre aquel conflicto. La mayoría de las historias de la Gran Guerra publicadas en los últimos noventa años se habían centrado en el frente occidental y su repercusión en la Gran Bretaña, la Francia y la Alemania metropolitanas, y quedaban enmarcadas entre dos supuestos «clásicos»: el primero, que la guerra empezó en agosto de 1914 y concluyó con el Armisticio del 11 de noviembre de 1918; el segundo, que fue una guerra de Estados-nación y en gran medida un asunto europeo. Al tiempo que los combates, las movilizaciones de tropas y las convulsiones que habían tenido lugar en el este de Europa o en otros escenarios no europeos eran vistos en el mejor de los casos como aspectos complementarios de la historia general de la guerra y la paz en el frente occidental.

Lo que quedaría por aclarar es la necesidad de corregir esas ideas asumidas. Centrarse en el periodo que se extiende de agosto de 1914 a noviembre de 1918 tiene mayor sentido en lo que respecta a las potencias victoriosas del frente occidental (especialmente Gran Bretaña y Francia) que para gran parte del centro y del sur de la Europa oriental o para las tropas coloniales que aún no habían empezado a desmovilizarse en noviembre de 1918. Podríamos decir que la guerra de 1914-1918 fue solo el epicentro de un ciclo de conflictos armados imperiales que en algunas partes de Europa se inició en 1911, con el ataque italiano a territorios del Mediterráneo y el norte de África controlados hasta entonces por los Imperios otomanos y con las Guerras de los Balcanes. Por otra parte, las enormes oleadas de violencia desencadenadas por el derrumbe de los imperios terrestres\* europeos y la guerra civil rusa prosiguieron hasta 1923, año en que el Tratado de Laussane fijó las fronteras de la recién nacida República de Turquía y acabó con las ambiciones territoriales de Grecia en Asia Menor con el mayor trasvase forzoso de poblaciones de la historia anterior a la Segunda Guerra Mundial. En total, unos cuatro millones de personas murieron violentamente, solo en Europa, entre 1918 y 1923 –más que la suma de las bajas de guerra de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. A ellas debemos añadir los cientos de miles de víctimas generadas por conflictos que afectaron a los imperios victoriosos, Gran Bretaña y Francia: ya en la primavera de 1918 Gran Bretaña tenía que enfrentarse a un gran levantamiento civil en Egipto y el Punjab. Hacia mayo, fuerzas británicas estaban combatiendo en las primeras fases de la Tercera Guerra Afgana, y

---

\* *Land Empires* en el original. En contraposición a los imperios marítimos, los constituidos por grandes territorios que se suceden ininterrumpidamente, sin interposición de océanos ni grandes mares que separen sus dominios. [Todas las notas a pie de página son del traductor].

en Irlanda se iniciaba un largo período insurreccional que conduciría a la creación del Estado Libre de Irlanda. Los franceses entre tanto luchaban despiadadamente para rechazar la feroz resistencia a su expansión en el Mediterráneo oriental e Indochina; y los japoneses se esforzaban en contener la resistencia a su dominio en la península de Corea, aun sin dejar de intentar hacer más profunda su influencia en Siberia. Todo el edificio del orden imperial mundial sufrió violentas convulsiones en los años que siguieron al Armisticio, coincidiendo precisamente con el momento de mayor expansión territorial de los imperios.

El segundo aspecto que se aborda en este artículo es que la Primera Guerra Mundial no tendría que ser entendida simplemente como una guerra entre Estados-nación, sino ante todo como una guerra de imperios globales, multiétnicos. Si pensamos realmente que aquel conflicto fue una guerra *mundial*, tendremos, un siglo después de que se librase, que adoptar una perspectiva que como poco haga justicia a los millones de súbditos imperiales llamados a defender los intereses de sus gobiernos imperiales, a los escenarios bélicos alejados de Europa, en tierras de África y Asia, y, de un modo más general, al papel que jugaron y a las experiencias bélicas que sufrieron innumerables pueblos de fuera del continente europeo.

La movilización de millones de súbditos imperiales en ambos bandos del conflicto resultó ser esencial para todos los estados combatientes, de Alemania al Imperio otomano o a los imperios de los Habsburgo y los Romanov y, por supuesto, a las potencias de la *Entente*. Soldados indios, africanos, canadienses y australianos, entre otros, sirvieron en el Frente Occidental, así como en una gran variedad de escenarios secundarios, y cientos de miles de ellos murieron. Trabajadores\* no combatientes —especialmente

---

\* En el original, *labourers*, peones, jornaleros, trabajadores no cualificados.

chinos— también resultaron ser de vital importancia para la marcha de la guerra, así como la participación del Imperio Japonés, que utilizó la contienda como una oportunidad no solo de aumentar su penetración en China sino también de llevar a cabo la ocupación de extensos territorios de Siberia, que duraría hasta 1922. La participación de tropas imperiales, y de trabajadores\* chinos y de otras latitudes en la Gran Guerra convirtió lo que había empezado siendo un conflicto esencialmente europeo en una guerra mundial, permitiendo que lo que durante mucho tiempo se entendió principalmente como un enfrentamiento entre Estados sea visto como una guerra imperial. Los combates también tuvieron lugar fuera de Europa —de Siberia y el Este de Asia a Oriente Medio, del Pacífico Sur a las prolongadas campañas del Este de África. La guerra tuvo una profunda repercusión en las vidas de cientos de millones de individuos a lo largo y a lo ancho del mundo imperial, pues trajo consigo reclutamientos forzosos, países ocupados por tropas extranjeras, inflación y trastornos económicos, aunque también en muchos casos supuso la aparición de oportunidades, ideas, proyectos y esperanzas nuevas.

Solo cuando la guerra es contemplada de acuerdo con esta perspectiva más amplia se puede entender todo el significado y las implicaciones de la contienda. Ver la Gran Guerra como una contienda cuyo objetivo era asegurar la supervivencia y expansión de los imperios nos ayuda a situarla en un contexto espacial y cronológico más amplio. En realidad el conflicto se había iniciado en 1911 con la invasión italiana de las posesiones otomanas del norte de África y las guerras de los Balcanes de 1911-1912, dando principio a un proceso de decadencia imperial que terminaría provocando el violento derrumbe de un orden mundial basado en la existencia de imperios territoriales y lo reemplazó por otro que

---

\* Véase nota anterior.

descansaba en el Estado-nación como única forma internacionalmente legitimada de organización política.

Cuando Europa entró en guerra en 1914, era –y lo había sido durante siglos– un continente dominado por imperios dinásticos con vastas posesiones territoriales dentro y fuera del continente. Cuando el cataclismo de la guerra industrial terminó, tres de estos imperios se habían hundido y se enfrentaban a su desintegración territorial, mientras que otros encaraban graves problemas relacionados con lo que Paul Kennedy denominaba el «excesivo estiramiento» –la excesiva expansión– «de los imperios» («*Imperial overstretch*»). Sin embargo, algunos de los contendientes venían enfrentándose al declive imperial desde hacía mucho más tiempo, y esto era cierto sobre todo para el Imperio otomano, sometido a grandes tensiones desde la crisis que afectó a la Europa oriental en los años setenta del siglo anterior. Aprovechando las oportunidades que ofrecía la incapacidad de los otomanos para oponerse a su gradual desintegración, Italia –una recién llegada al escenario imperial– les declaró la guerra en septiembre de 1911. Originalmente concebida como una guerra cuyo fin era la ocupación de las posesiones otomanas de Tripolitania y Cirenaica, en la tradición de las conquistas coloniales europeas del siglo XIX, la campaña italiana contra los otomanos aumentó rápidamente en intensidad y ambición y alcanzó mayor amplitud geográfica, exacerbando el odio racial y religioso en el Mediterráneo oriental y los Balcanes. Apenas un año más tarde, el 17 de octubre de 1912, Serbia, Montenegro, Grecia y Bulgaria declararon la guerra al Imperio otomano y obtuvieron una victoria decisiva. Las guerras de los Balcanes supusieron un auténtico aldabonazo. Cuando la Liga Balcánica inició sus ataques contra el Imperio otomano, desafiando el *statu quo* de la región, la monarquía danubiana se vio obligada a replantearse su política en los Balcanes. Serbia era el estado que había conseguido la victoria más importante y la mayor expansión

territorial en las dos guerras de los Balcanes. Tras la derrota del Imperio otomano y su retirada de Europa, Austria-Hungría, un estado multinacional con ligera mayoría eslava, se sentía preocupada ante la perspectiva de ser el siguiente «enfermo» y el blanco de un futuro ataque serbio, lo que ayuda a explicar la posición de escaso compromiso de Viena en la crisis de julio de 1914.

### *Ejércitos multiétnicos*

En cuanto se vio que era inevitable la extensión de la guerra en Europa, estuvo claro que todos los contendientes llamarían a tomar las armas a los súbditos de sus imperios. A todo lo largo de la Gran Guerra en el frente oriental, los beligerantes imperiales lucharon con ejércitos multiétnicos en espacios colonizados. Incluso el ejército imperial alemán –en apariencia el más homogéneo de todos los combatientes desde el punto de vista étnico– se nutría en gran medida de las importantes minorías étnicas y religiosas del país: aun excluyendo el empleo que los alemanes hicieron de los askaris y de los «porteadores» africanos (que constituían una fuerza militar autónoma) del general Lettow-Borbeck, aproximadamente un diez por ciento del ejército alemán se reclutó entre las minorías, incluidos unos 850.000 polacos y más de 500.000 alsacianos y loreneses, daneses, sorobos y gitanos sintis y romaníes.

Del mismo modo que los imperios terrestres europeos movilizaron a sus tropas multiétnicas imperiales a comienzos de agosto de 1914, británicos y franceses también recurrieron a sus imperios para que les ayudasen en el esfuerzo de guerra. En 1914, Londres y París controlaban los dos mayores imperios coloniales del mundo y durante la contienda se apoyaron en gran medida en ellos para obtener recursos humanos y materiales. Para Francia, el imperio desempeñó un papel esencial en el esfuerzo y en la capacidad

para llevar adelante la guerra contra Alemania. La guerra fue un banco de pruebas para la petición del general Mangin de que se movilizase a «la fuerza negra», una gran reserva de tropas africanas que contrarrestase la desventaja demográfica de su país frente a Alemania. Además de los 90.000 soldados de las *troupes indigènes* existentes antes de la guerra, Francia reclutó entre 1914 y 1918 a casi 500.000 personas para sus tropas coloniales, la mayoría de las cuales sirvieron en Europa.

Los británicos tampoco hubieran podido mantener su esfuerzo bélico sin la ayuda de su imperio. Las partes de este que contribuyeron con más recursos humanos y financieros y más material de guerra al conflicto fueron los «White Dominions» (Canadá, Australia y Nueva Zelanda), así como India (donde aproximadamente 1,4 millones de hombres fueron alistados hasta diciembre de 1919).

La movilización en otras situaciones coloniales, especialmente en África, fue un asunto más delicado. Aunque el Imperio británico había utilizado regularmente en sus dominios tropas africanas, jamás había recurrido a ellas en Europa contra otras poblaciones blancas. Después de todo, una guerra librada en ambos lados con tropas auxiliares compuestas por nativos de las colonias podían socavar el principio mismo en que se basaba el proyecto racista del colonialismo: la idea de la superioridad de la raza blanca. Si a un hombre «de color» se le empujaba a matar a otros europeos, ¿qué garantizaba que un día no pudiese atacar a sus amos coloniales?

Sin embargo, las numerosas bajas del ejército británico en los primeros dos años de la guerra hicieron que Londres venciese esas reservas. Tras sufrir casi medio millón de bajas en la batalla del Somme en 1916, y enfrentado a las responsabilidades que el imperio les planteaba de India a los Dardanelos pasando por Mesopotamia, el gobierno de coalición de Londres rompió con la venerada tradición inglesa del servicio militar voluntario e intro-

dujo en Gran Bretaña el servicio universal obligatorio en marzo de 1916. En tales circunstancias, la cuestión primordial era conseguir más combatientes, lo que condujo a los estrategas imperiales a reconsiderar sus puntos de vista sobre la importancia militar de los súbditos africanos. En muchas de las colonias parte de quienes decidieron alistarse o animar a otros a que lo hicieran obedecían a cálculos políticos. Los líderes del Congreso Nacional Indio y muchos «Home Rulers» irlandeses\* apoyaron la guerra con la esperanza de obtener una mayor autonomía política, e incluso la independencia de sus naciones. Como es sabido, Gandhi, que regresó a la India en 1915 después de una larga estancia en Sudáfrica, hizo campaña a favor de que sus compatriotas se alistasen para luchar por el imperio, con la idea de que la participación de India en el esfuerzo bélico la pondría en condiciones de igualdad con los White Dominions dentro de la estructura imperial y la facultaría para obtener un gobierno local autónomo. Londres alentó esa línea de pensamiento, prometiendo en tiempos de guerra una mayor participación de los indios en su propio gobierno. Esta estrategia de prometer que en la postguerra se concedería alguna medida de autodeterminación en correspondencia al apoyo recibido durante la contienda se repitió también en otras partes; el caso tal vez más conocido sea el de las incompatibles promesas hechas durante la guerra a árabes y judíos sobre el futuro de la Palestina otomana.

Semejante lógica tampoco se limitó a los contextos coloniales convencionales. La recientemente creada República China llegó a pensar que la ayuda al esfuerzo de guerra de los Aliados era el precio a pagar para asegurarse un puesto en las negociaciones donde se decidirían los acuerdos de postguerra, y para ser tratada en pie de igualdad en la sociedad internacional. A partir del verano

---

\* Partidarios del autogobierno (*Home Rule*) de Irlanda.

de 1915 Pekín permitió que los Aliados reclutasen 140.000 trabajadores chinos con destino al frente europeo, y en 1917, pese a la debilidad y a las divisiones internas del régimen de Pekín, la República China entró oficialmente en guerra uniéndose al bando de los Aliados. A este respecto, la guerra supuso una gran decepción para muchos de los que habían creído que con su apoyo al esfuerzo de guerra aliado lograrían avances en sus demandas de autogobierno. Este resultado marcó el desarrollo del conflicto anticolonial en las siguientes décadas. No fue una de sus menores consecuencias que las radicales promesas de la Revolución bolchevique resultasen tanto más atractivas para quienes intentaban liberarse del yugo colonial.

### *El auge del anti-imperialismo*

No es de extrañar por tanto que el anti-imperialismo prosperase en toda África, Oriente Medio y Asia después de 1918-19. En efecto, los años inmediatamente posteriores a la guerra vieron cómo la rebelión se extendía a gran parte de Oriente Medio y Asia. En Egipto, la «Revolución de 1919» que estalló en la primavera siguiente al Armisticio llenó con grandes protestas de masas las calles de las ciudades mientras que en las zonas rurales se generalizaban los actos de sabotaje contra las líneas telegráficas y otros símbolos de la autoridad imperial. Los nacionalistas egipcios, que vieron la Conferencia de Paz de París como una oportunidad para librarse de la injerencia británica se sintieron cada vez más frustrados a medida que se evaporaban sus esperanzas de ser escuchados, movilizándose enérgicamente contra la presencia de Gran Bretaña. Aunque Londres logró evitar la internacionalización de la crisis, la situación de permanente inestabilidad condujo finalmente a los británicos a conceder unilateralmente la independencia a

Egipto en 1922, aun sin renunciar a sus dos intereses fundamentales en el país: el control de la defensa frente a las amenazas exteriores y del canal de Suez. Pero los nacionalistas egipcios fueron haciéndose cada vez más fuertes en los años de postguerra, y las tensiones se mantuvieron hasta la liquidación definitiva del poder británico en el país en 1956.

En la primavera de 1919, India fue asimismo escenario de disturbios generalizados, cuando Gandhi y otros líderes movilizaron a sus habitantes contra las *Rowlatt Acts*, conocidas también como «leyes negras», que extendían a tiempos de paz las medidas de emergencia vigentes durante la guerra\*: un esfuerzo de Westminster para dobligar el movimiento de resistencia que solo consiguió enconarlo todavía más. La matanza de cientos de manifestantes inermes que no respetaron el toque de queda en la ciudad punjabí de Amritsar favoreció la unidad de los rebeldes y marcó un punto de no retorno de la resistencia nacionalista.

Los administradores del Imperio británico, además de esforzarse en restaurar el orden y contener las crisis que se producían en cascada a lo largo y a lo ancho de sus antiguos dominios, estaban empeñados también en conformar y controlar los nuevos territorios de los que habían tomado posesión como resultado de la guerra, especialmente aquellos arrebatados al extinto Imperio otomano y adjudicados a los británicos como «mandatos», según la novedosa categoría creada por la Sociedad de Naciones. En aquel momento, la cuestión de Palestina parecía relativamente fácil de manejar, pero los compromisos establecidos durante la guerra con los franceses y los árabes aliados de Londres, así como la simultánea necesidad de hallar un instrumento de con-

---

\* Las *Rowlatt Acts* (Leyes Rowlatt) establecían un férreo control de prensa y permitían que cualquier sospechoso de actividades subversivas fuese detenido sin orden judicial y mantenido indefinidamente en prisión sin necesidad de juicio.

trol para el recién adquirido mandato de Irak, rico en petróleo, inspiró la ingeniosa idea de instalar a un aliado, el príncipe del Hiyaz Faisal ben Hussein –recientemente expulsado de su patria por la familia rival de los Sauditas y poco después de Siria por los franceses– como monarca de Mesopotamia. Esta medida, junto con la brutal utilización de la nueva capacidad aérea británica para acabar con las revueltas tribales, logró estabilizar la situación en el mandato a comienzos de los años veinte, al menos durante un tiempo.

Los mandatos franceses resultaron ser aún más conflictivos en el período de entreguerras, como ocurrió también en otras partes del Imperio francés: entre las graves insurrecciones contra el gobierno colonial francés de dicho período figuraron la guerra del Rif (1925-26), la revuelta siria (1925-30), el Kongo Wara en el África Ecuatorial Francesa (1928-31) y el motín de Yen Bay en Indochina (1930-31). Está claro que el encuentro de trabajadores y tropas coloniales con las ideologías políticas, sociales y económicas que competían en Europa (socialismo, sindicalismo y comunismo, entre otras), empezaron a producir su efecto en muchas colonias francesas. El presidente estadounidense Woodrow Wilson hizo un llamamiento a favor de la «autodeterminación nacional» en los «Catorce Puntos»\* que como es sabido sirvieron de inspiración a Ho Chi Minh para preguntarse sobre la posibilidad de aplicar el principio a las posesiones coloniales extraeuropeas. En África, mientras tanto, eminentes figuras políticas como Blaise Diagne aprovechaban la retórica y los ideales del universalismo y el igualitarismo franceses para mejorar la situación en el Imperio francés de la población no blanca, mientras que en las posesiones

---

\* Presentados en un discurso ante el Congreso de enero de 1918, pretendían facilitar la negociación con las Potencias Centrales y sentar las bases de un nuevo orden mundial.

francesas en el Norte de África el descontento no dejaba de crecer a lo largo de los años veinte.

La Gran Guerra fue una guerra de imperios, en la que se enfrentaron fundamentalmente imperios y donde los contendientes buscaban la supervivencia o expansión de los imperios. Pero, tal vez irónicamente, desencadenó un vendaval que debilitó los imperios dinásticos –durante siglos la más importante forma de organización del Estado– y supuso un golpe para la expansión y la conquista territoriales como principio que en los asuntos internacionales guiaba las relaciones entre Estados. Ninguno de los tres imperios dinásticos pertenecientes al bando de las Potencias Centrales sobrevivieron a la guerra en la forma que habían tenido anteriormente, y tras la contienda todos ellos fueron reorganizados para adoptar algún tipo de forma republicana. Los imperios del bando aliado –con la notable y significativa excepción de Rusia– lograron subsistir e incluso ampliaron sus territorios, pero una guerra librada para defender los «derechos de las pequeñas naciones» no podía dejar de socavar gravemente la legitimidad de las formaciones imperiales. Y si bien serían necesarias varias décadas más y una guerra aún más destructiva entre 1937 y 1945 para que se completase el proceso de desintegración de los imperios, la Primera Guerra Mundial supuso un hito decisivo en ese proceso.

R. G.

Traducción: *Alfredo Taberna*.